

VUELTA A CASA

ALMA IRENE MARTÍNEZ BARROSO

4º ESO A

4ESO SECUNDARIA

IES BARRI DEL CARME VALÈNCIA

CONCURSO LITERARIO

2º

Era una mañana de agosto, una de esas mañanas irlandesas con el cielo blanco y nublado, viviendo en una poética penumbra incitadora de introspección. El mar estaba tranquilo, la playa, con arena fría y gris, estaba vacía. Entre las soñadoras casas blancas y azules, entre las exuberantes matas de verde hierba, esos racimos monstruosos que por ser demasiado frondosos dan la sensación de estar plantados por una fuerza del más allá, nada parecía haber cambiado.

La gente, vestida con pantalón corto y ligera ropa de verano, comía helados de galleta plástica y dulce crema blanca, que se derretía en la boca, engañando al sibarita, haciéndole creer en pasteles blandos y abundantes que llenarían su paladar. Las bicis se sucedían por la poco transitada carretera y los autobuses escolares de los intercambios aparecían y desaparecían, intercambiando silencio por risas que muy pronto se apagaban, y es que nadie podía escapar al influjo de aquella luz penumbrosa que te encerraba en ti mismo. Todo ocurría como en su infancia, y, sin embargo, ya no había familias con elaborados castillos de arena, ni gente en los bancos observando las algas y gaviotas surcar las olas, ni jóvenes intentando coger las canoas y recorrer el Atlántico.

Aquel camino con flores de todos los tamaños y variedades posibles, aquel jardín encantado poblado por hadas y gnomos de la mitología celta, seguía allí. Primorosamente adornado con carteles tallados en madera con los nombres de las plantas, con un riachuelo con molinos y ruedas, con casitas y setas, con hélices de colores que giraban a la sutil brisa. Lugar de recreo para innumerables arañas, con telas tan finas como la seda, siempre llenas de gotitas de agua tan pequeñas que no se apreciaban a simple vista, mariposas blancas con motas negras y potos castaños, mariposas azules tan brillantes como un carnaval, mariposas rojas, amarillas y naranjas, maripositas y abejas atareadas y gente irlandesa que lo recorre con calma, sin ya prestarle atención, mientras este se escurre entre las casas como se escurren afanosamente las hierbas y flores silvestres por debajo de las piedras y las vallas con ansia de libertad y sol, sin saber que,

aunque consigan la libertad, tendrán que ser muy afortunadas para ver el sol.

Y también estaban allí las caravanas inglesas y francesas, en el campo vallado enfrenteado al mar, donde se mezclaba la hierba con la arena. Allí todo tenía un ritmo propio, con una cultura, unas tradiciones y una vida propias diferentes al mundo exterior. Nunca se hablaba de los niños que bajaban de las caravanas y retozaban por la hierba, de las piscinas de agua dulce o de las veladas a la luz de fanales eléctricos, pero si te hacías amigo de los niños del interior, era muy probable que compartieran su lujosa e inaccesible tierra contigo.

Sí, Naula se acordaba de todo aquello. Tras 20 años fuera de su lugar natal, ahora regresaba con treinta recién cumplidos y con muchos recuerdos. Naula, con la piel clara, el pelo naranja, los ojos grises como el cielo y el mar que ella recordaba cada día, las mejillas pecosas, los labios claros y, en definitiva, como buena irlandesa, vestida con un frugal vestido estampado de infinitas flores diminutas blancas y rosas, con sandalias que trepaban por sus dulces piernas intentando abrazarlas y solo consiguiendo ser atadas por debajo de la rodilla, con una maleta de ruedas que se arrastraba por el asfalto, había vuelto a casa.

Había vuelto a su infancia, al lugar de sus sueños de día y de noche, al lugar de los grises y la luz blanca, del mar infinito y de la hierba aterradora, donde se cultivaba heno y también caballos, ovejas, vacas y gansos y donde la gente habla inglés con vocabulario nuevo y sin un deje de gaélico, el idioma en el que soñaba. Lo recorrió todo, las tiendas, los caminos, las casas, los parques, los molinos, los baños públicos con techos extremadamente altos e incluso la muralla antigua y la heladería. Saludó a sus antiguos vecinos y vecinas, a la gente de su edad compañera de juegos que vivía allí, a los extranjeros de las caravanas, a las mariposas blancas con motas negras y potos castaños, a las de alas tan azules que parecía un carnaval, a las mariposas rojas, amarillas y naranjas, a las innumerables arañas de telas tan finas como la seda, llenas de gotas diminutas que no se pueden apreciar a simple vista, a las mariquitas y abejas atareadas, a los estudiantes de intercambio, a la gente que paseaba tomando helados, al sol que se escondía tras las nubes, a la poesía de la luz y a la tierra de Oscar Wilde, James Joyce y Samuel Beckett. Y entonces, bajó corriendo las escaleras de la antigua muralla hasta la playa de Ardmore, Irlanda, se llenó las zapatillas de la gris arena, salpicó el primaveral vestido con el barro, miró el mar y se asustó.

Ella, como amante de los paseos en canoa, la natación en agua semiheladas, los castillos de arena y los paseos por la playa, recordaba bien el mar de su infancia. Las olas de aquel mar eran

azules, tan intensas y transparentes bajo la luz blanca que muy pronto se mezclaban con el cielo, dando una sensación inimitable de inmensidad, grandeza, infinidad, irrealidad y libertad. En ellas flotaban algas y, a veces, cuando el mar estaba movido, se veían peces enormes intentar escapar de la corriente que les empujaba a la arena fría y gris. El océano de su memoria tenía espuma blanca y fervorosa, llena de fuerza y vitalidad, y parecía verdaderos caballos como los que se leen en los libros.

Cuando paseabas por la orilla, bajo su tutela y fe, encontrabas algas aferrándose a tierra, desesperadas por salir del mar, terrible y traslúcido, sabiendo que, si volvían a él, nunca regresarían. Y, no obstante, las algas, las conchas, los cangrejos y los diminutos peces grises y multicolores, volvían, siempre volvían a zambullirse para no volver.

El océano de su infancia era precioso, era bonito, era poético, salado y transparente. El océano que la había acompañado siempre era indomable, bravo, astuto, libre y cruel. Él le había dado fuerzas a la pobre Naula, para estudiar, para trabajar, para seguir con el objetivo de volver a su patria, de volver a bañarse en esas aguas y sentirse viva, luchando para no verse arrastrada por la corriente como las algas, los peces, los cangrejos y las conchas. Si alguien le hubiera preguntado a la joven del pueblo de pescadores de Irlanda en qué creía, ella hubiera dicho: "Creo en el mar de la bahía de Ardmore, en su fuerza y en su infinidad."

Pero ahora, aquella masa informe, ¿era su mar? Era gris, pastoso, patético. La espuma era gris y sucia, le hacía sentir asco. Ni gaviotas ni ningún ser vivo medianamente reconocible, solo plástico, plástico, plástico blanco, gris, deformado, descompuesto o en demasiada buena forma. Trozos de vidrio que parecían perlas, perlas que simbolizaban las lágrimas del océano que ha perdido su infinidad. Uniones de latas, condones, pañales, bolsas, pasta de papel: nuevas medusas y algas. Botellas, detergentes, envases, cajas: nuevos peces en el mar. Marrón, negro, gris y blanco: el nuevo color de la inmensidad. Ahora, como mucho, podría jugar a recoger peces muertos, algas y conchas de la orilla del Atlántico, que ya estaban a salvo de ser arrastrados por la corriente y, que, sin embargo, deseaban haberse dejado llevar.

No existía corriente, el mar ya no tenía fuerza. Solo pequeñas olas que acercaban la basura nauseabunda a la gente que no miraba el mar, se atrevían a alterar la quietud inquietante de la bahía de porquería. Ya no quedaban vestigios de su fuerza, la inmundicia humana, especie que durante tanto tiempo lo había explotado, había acabado por domarlo. Y, ahora, nadie miraba el mar, nadie lo recordaba, olvidado de todos, no hay marcha atrás.

Algunos fingen que les importa, que hay que hacer algo: reunirse, reciclar, esas cosas. Pero él se muere y ya nadie lo recuerda como era, indomable y poético, cruel y bonito, libre e infinito.

Aquel era su mar, y ella lo amaba y se negaba a olvidarlo. Las sandalias se llenaron de tierra y las cintas que las sujetaban, mojadas, se aferraron a la piel. El vestido, empapado, intentaba escapar. Lleno de fango y microplástico, ya no quedaban flores. La brisa se esfumó y el pelo naranja dejó de ondear. Los ojos grises ya no representaban la unión de la arena, el cielo y el mar. ¿Qué le quedaba?

Como las algas y las conchas, que se aferraban a la orilla sabiendo que si el mar las llevaba no habría vuelta atrás, Naula había jugado en el mar cuando este era poderoso y grande, monarca de su reino, y había sobrevivido. Como los peces de la orilla, ahora deseaba que este le hubiera llevado. Y, con la última ola que le dejaron al fuerte e infinito océano Atlántico, Naula volvió a casa y, como nadie miraba ya a la patética bahía, nadie la vio desaparecer entre las aguas del mar que no había podido proteger.